

ESPIRITUALIDAD Y DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

INTRODUCCIÓN

Nuestro propósito es reflexionar sobre **espiritualidad**¹, y hacerlo dentro del marco del **diálogo interreligioso**. Ahora bien, quisiera alertar sobre el peligro que corremos de reducir la visión del tema que tratamos al espacio de nuestra visión personal, o al de nuestra Iglesia o, incluso, al más amplio marco de nuestra cultura cristiana occidental. Tanto en éste, como en otros temas análogos, en los que subyace el valor y la trascendencia de las personas, debemos superar nuestros limitados espacios de percepción para tomar en consideración la opinión y la postura de otras personas que no piensan exactamente como nosotros, y así poder encontrarnos en un territorio más amplio y comprensivo, en el que podamos caber todos, con nuestras propias ideas, incluso con nuestros prejuicios.

Lo que queremos decir es que debemos tomar conciencia de que existen **otras percepciones** aparte de la nuestra que tienen legitimidad y veracidad, aunque contemplan la verdad desde ángulos diferentes al nuestro. Por otra parte,

1 Espiritualidad se refiere al proceso de crecimiento en nuestra relación concreta con Dios. Hace referencia al mundo de las convicciones y motivaciones profundas, a los ideales y valores. Desde la especificidad cristiana, esta experiencia está íntimamente ligada al **seguimiento de Jesús** y a la dirección del Espíritu Santo.

y ciñéndonos como pretendemos en esta ocasión al tema de la espiritualidad, es necesario recordar algo sumamente importante y trascendente, y es que **las religiones no tienen el patrimonio de lo espiritual** y, consecuentemente, a partir de esta afirmación llegamos al convencimiento de que podemos encontrar veneros en otros lugares que, sin definirse a sí mismos como religiosos, ofrecen caudales de espiritualidad de gran valor. Esto, que puede resultar obvio para algunos, a veces resulta difícil ser aceptado por otros y se convierte en tema de controversia y confrontación.

Ahora bien, lo que parece estar fuera de toda duda es que la demanda de espiritualidad está presente en nuestro entorno, aunque la demanda no se ajuste a determinados cánones religiosos. Si observamos los signos distintivos de nuestra sociedad, comprobamos que una buena parte busca respuestas espirituales al hastío que produce la llamada **sociedad de mercado**, en la que el valor supremo son las plusvalías, el beneficio industrial, el éxito, la fama, el poder. Personas que buscan una espiritualidad que sea capaz de neutralizar los efectos perniciosos de la **religiosidad superficial** al uso, comprometida excesivamente con el sistema de valores imperante, pero alejada del ámbito del espíritu.

Se busca una espiritualidad que *interiorice* al ser humano, que le invada y que, a su vez, sea capaz de *trascender* hasta la divinidad, con frecuencia una divinidad sin nombre. Dicho en forma de parábola, podríamos decir que lo que se busca no es que se demuestre la existencia de la luz, sino llegar a entender que hay ciegos que no pueden verla. O quizá retomando las palabras de Raimon Panikkar: «*No se trata de un cambio de paradigma, sino de vivir sin paradigma*»², lo cual supone adoptar una postura totalmente subversiva, revolucionaria, contraria al sistema imperante.

Por otra parte, a la hora de hablar de espiritualidad no debemos perder de vista un hecho sociológico trascendente, y es que vivimos en una sociedad que ha alcanzado un alto nivel de secularización en el que la religión no siempre se

2 R. PANNIKAR, «Movimientos orientales de espiritualidad» en *Libro de actas del XXIV Congreso de Teología*, ed. Evangelio y Liberación, Madrid 2004, 96.

percibe como un valor sino que produce con frecuencia indignación y rechazo, especialmente cuando se vincula a acontecimientos como los del 11M (atentados terroristas en Madrid en 2004), o el 11S en Nueva York (año 2001), o se alía con posturas de discriminación o exclusión social, como las que estamos viviendo con motivo de los grandes desplazamientos humanos que huyen del horror de la guerra y buscan refugio en una Europa insolidaria.

Con todo, el hecho de que nuestra sociedad sea una sociedad secularizada y laica no debería inducirnos a error. Por una parte, la **secularización** no es necesariamente sinónimo de irreligiosidad y, por otra, es un hecho que la religión sigue estando presente diariamente en los medios de comunicación por una u otra causa, y eso significa que la sociedad es sensible al papel relevante que tiene en el mundo contemporáneo. Ahora bien, el problema de las religiones en general es que no siempre son capaces de ofrecer esa vía de **interiorización y trascendencia espiritual** a la que hacemos referencia.

1. LA REALIDAD SOCIO-RELIGIOSA

El vértigo que producen los cambios sociales contribuye a que muchos se queden sin referentes espirituales consistentes y terminan perdiendo la percepción de su propia identidad espiritual. Todo ello en medio de un **modelo social** en el que conviven con mayor o menor éxito, personas de culturas, tradiciones, intereses, creencias y lenguajes no sólo diferentes sino con frecuencia incompatibles.

Siendo más concretos, y refiriéndonos a la sociedad española, observamos que se trata de una sociedad que ha sido y está siendo afectada por, al menos, cuatro hechos importantes³ que influyen de manera notable en la espiritualidad de sus ciudadanos:

1. Por una parte, vive un proceso de **cambio**, y lo vive a una velocidad incontrolable. La España actual es

3 Este tema lo ha trabajado en mayor extensión José M^a Castillo en diferentes publicaciones.

irreconocible con respecto a la España de hace unas décadas. Sin embargo, en contraposición con esta situación, una de las características de las religiones es que son conservadoras, **resistentes al cambio**.

2. Por otra parte, se trata, cada vez más, de una sociedad **plural**, tanto racial como política y religiosa; una sociedad en la que tenemos que convivir, como ya hemos apuntado, con personas de culturas, tradiciones, intereses, creencias y lenguajes muy diferentes. Ahora bien, frente a esa pluralidad socio-cultural, las religiones tienden a imponer a toda costa la **uniformidad**; debido a que tienen una cierta alergia al pluralismo.
3. En tercer lugar, se trata de una sociedad que está regida por una Constitución no confesional que da paso a una sociedad **laica**. Es decir, en una sociedad de estas características, la convivencia hay que basarla no en el principio de *sacralidad* sino según el principio de *laicidad*; y es evidente que las religiones aceptan de muy mala gana la laicidad ya que no forma parte de su cultura.
4. Y, finalmente, después de un largo y traumático ciclo regido por un sistema político dictatorial, está claro que la nuestra se ha convertido en una sociedad **democrática**; y en una sociedad democrática nadie tiene, ni puede tener, derechos adquiridos. Sin embargo, en muchas Iglesias y religiones prima el *principio de autoridad* de los dirigentes, quienes consideran que el ejercicio de ese poder tiene su origen en Dios, lo cual significa que se trata de una **autoridad incuestionable** que, en manera alguna, puede ser sometida a la opinión del pueblo.

Y todo ello sin contar los cambios notables que se producen en nosotros mismos, el factor más importante, que hace que, a veces, cuando miramos hacia atrás, seamos incapaces de reconocernos.

Por otra parte, recordemos que las grandes religiones y, entre ellas, el cristianismo, han tenido su origen y desarrollo inicial en culturas y sociedades que ya no existen, de donde

se deriva la dificultad que tienen que afrontar para adaptarse y responder a las preguntas e inquietudes de la cultura actual y dar así satisfacción a las demandas espirituales de la sociedad contemporánea. Y puesto que las religiones no se caracterizan por su flexibilidad y capacidad de transformación a fin de adaptarse a las demandas sociales del momento, es comprensible que se produzcan tensiones y conflictos entre religión y sociedad, categorías que resultan de difícil reconciliación.

Por hacer referencia únicamente a la situación española contemporánea, algunos estudios efectuados al respecto nos indican que del 90 por 100 de españoles que se confiesan católico-romanos, sólo el 30 por 100 o menos son practicantes. Y, en lo que hace referencia al universo cristiano occidental en su conjunto, el colectivo de «cristianos sin Iglesia» se hace cada vez más extenso. Este fenómeno, que no es un tema exclusivo de la Iglesia católica, afecta igualmente a las Iglesias protestantes y a otras confesiones religiosas, y nos invita a reflexionar seriamente y a formularnos una pregunta: ¿por qué hay tantas personas que, manteniendo sus creencias religiosas y su deseo de trascendencia espiritual, terminan abandonando los vínculos con la institución religiosa que les acogía? Por lo regular se trata de un éxodo silencioso para el que no parece encontrarse una respuesta satisfactoria; tal vez pudiéramos encontrarla en los fundamentalismos excluyentes que, apoyados en la literalidad del Libro o en la indiscutible autoridad de la jerarquía, no toleran la discrepancia ni la reflexión intelectual, libre de ataduras convencionales.

La situación descrita produce un creciente sentimiento de confusión y vacío interior. ¿Quiere esto decir que son malos los cambios sociales? No, al contrario, gracias a ellos, hemos pasado de estar sometidos a sistemas absolutistas a otras que se rigen por principios democráticos en los que se reconocen para todos los seres humanos valores como la *libertad*, la *igualdad* y los *derechos humanos*, temas en los que las religiones, salvo algunas en sus orígenes, no han sido paladines ya que, suelen, mostrar graves carencias al respecto; incluso con demasiada frecuencia no son capaces de disimular su abierta oposición.

Conviviendo con esta realidad de cambio, de confusión, vivimos en una sociedad que nos ofrece un novedoso **estado**

de bienestar (actualmente en franca decadencia) que se caracteriza por prestaciones que ofrece en el terreno material, situación nunca antes conocida en la historia de la humanidad. Se trata de algo tangible, inmediato, que contrasta con el mensaje de las religiones, que suelen fijar el cumplimiento de sus promesas a largo plazo y en el «más allá». Se trata de una sociedad en la que no resulta extraño vivir una «religiosidad sin Dios». Ejemplo de ello son las romerías, las peregrinaciones, las fiestas patronales, las procesiones, en unos casos, y los retiros de Iglesia, las fiestas sociales, los festivales evangélicos, los macro-conciertos religiosos, en otros, que se han convertido en medios y ocasiones para **pasárselo bien** y, a la vez, sirven para tranquilizar la conciencia, lo cual siempre resulta alentador.

2. EL PAPEL DE LA IGLESIA

Veamos ahora de qué manera se manifiesta, o deja de manifestarse la espiritualidad en el ámbito de las Iglesias. Uno de los síntomas más frecuente, más cercano, es la **falta de poder espiritual** en el seno de las propias Iglesias; su falta de atractivo. Más allá de la pretendida y constitucional separación Iglesia-Estado, que está muy lejos de serlo de forma efectiva en lo que a España se refiere, se deja sentir un divorcio de las Iglesias en general con respecto a la sociedad, especialmente en lo que hace referencia a las Iglesias con mayor arraigo histórico, fuertemente institucionalizadas. La debilidad espiritual se acrecienta en la medida en que exista mayor o menor dependencia del Estado.

El problema añadido es que las Iglesias minoritarias, que deberían actuar como **fermento profético**, no siempre están a la altura de lo que podría esperarse de ellas y, en lugar de recurrir al acogimiento de los discriminados y marginados y a la **denuncia profética** de todo cuanto pueda suponer injusticia social cuando ello sea menester, se unen con frecuencia a la corriente mayoritaria para tratar de conseguir del Estado, mediante leyes o favores, lo que no son capaces de lograr por medio del *kerigma* y la *koinonía*, que debería ser el cauce recurrente para impartir la enseñanza cristiana y proyectar una imantación espiritual capaz de atraer a la fe y al Evange-

lio a aquellos que lo han menester. Cuando falta el poder del espíritu, se recurre a la protección de la espada.

La debilidad de las Iglesias se deja sentir no sólo por el éxodo creciente de los que abandonan la institución o aquellos otros que recurren a otras ofertas ajenas a su religión de referencia para satisfacer sus demandas espirituales, sino en el recurso cada vez más evidente a los **sincretismos** religiosos (*al todo vale*) y a los **integrismos** agresivos o **fundamentalismos** extremos (*sólo yo estoy en posesión de la verdad*). En efecto, cada vez son más los que abandonan sus Iglesias, aunque no lo hagan formalmente, sin que esto signifique necesariamente abandonar sus creencias y, menos aún, sus inquietudes espirituales; son los que hemos denominado «cristianos sin Iglesia».

3. EN BUSCA DE LA ESPIRITUALIDAD

Una cuestión que no debemos perder de vista es que las Iglesias en general, las confesiones religiosas, están condenadas al fracaso espiritual cuando pretenden ejercer su misión recurriendo a imponer su mensaje, sus dogmas, sus normas o prácticas de la mano del poder constituido o erigiéndose ellas mismas como referente de poder. Y no deberíamos perder de vista tampoco que el genuino mensaje cristiano se moviliza preferentemente en ambientes de libertad; el poder de la Iglesia está en la fuerza del Espíritu, y el Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere (cfr. Juan 3, 8). Y aún más, el Espíritu se resiste a ser manipulado por el poder, sea civil o religioso. La espiritualidad es libertad, puro riesgo; y es, además, un movimiento, es decir, no está siempre en el mismo lugar, ni se manifiesta con la misma intensidad, y ni aún siquiera se identifica de la misma manera en todas las personas.

Ahora bien, es un hecho constatable que, cada vez más, nos invade con mayor éxito la **religión del mercado**, que se caracteriza entre otros signos por venir respaldada por la **teología de la prosperidad**; una expresión religiosa que ofrece «productos espirituales» a la carta, ajustados a la demanda del consumidor, siempre vinculados a la prosperidad y al éxito. Y en ese mercado están también los grupos de autoayuda, ciertas religiones orientales, la magia y la superstición

con su «cultura del horóscopo». Además de otras expresiones exóticas que se muestran con ropaje religioso.

Pero hay otro dato que debemos valorar. Curiosamente, cuanto más crece la demanda espiritual, más parece pervertirse la espiritualidad religiosa por parte de aquellos que negocian con los sentimientos y se aprovechan el vacío espiritual de la gente para manipularla y, a veces, extorsionarla, prometiendo bienestar espiritual. Y, por desgracia, a estas prácticas de extorsión psicológica y espiritual no son ajenas algunas **iglesias emergentes** autodenominadas cristianas, evangélicas, o con nombres similares. La teología de la prosperidad a la que ya nos hemos referido, o el resurgir de ciertas teologías mágicas, en manos de sectores fundamentalistas, son cada vez más frecuentes entre nosotros.

Sensu contrario, las religiones institucionalizadas sucumben con frecuencia a la tentación de controlar cualquier manifestación espiritual que se escape a su normativa y tratan de amordazar la espiritualidad libre y espontánea, con el propósito de conseguir someter a la ortodoxia oficial a todos.

No es de extrañar, por consiguiente, que vuelva a tomarse en serio en algunos foros religiosos el valor de la **mística** como una forma de experiencia religiosa que puede compaginarse perfectamente con el intelecto y la razón, que da respuesta a la demanda de espiritualidad no satisfecha. Efectivamente, **experiencia y reflexión** pueden ir de la mano; por consiguiente, la facultad de pensar y la facultad de sentir y amar son absolutamente compatibles. Y hacemos referencia a la mística, no como un mecanismo de evasión, sino como un motor espiritual que capacita al ser humano para poder conectar con Dios y con su prójimo en un plano de **libertad de espíritu**, no sometido a ninguna ortodoxia, a ninguna estructura religiosa ni civil. A través de la experiencia mística se establece el encuentro con Dios y se hace real el encuentro con el prójimo.

La mística es uno de los caminos para construir una espiritualidad satisfactoria, no ya solo en un plano individual sino colectiva; una espiritualidad que sea capaz de eliminar las fronteras y los antagonismos que algunas religiones han ido levantando a lo largo de la historia. La **experiencia espiritual trascendente** no se basa en rituales o dogmas, sino que establece un nuevo plano de identidad interreligiosa, un

nuevo paradigma, que es capaz de hacer compatible la experiencia personal que se desarrolla en una tradición religiosa determinada con la realidad interreligiosa que hace posible la comunión espiritual entre espiritualidades diferentes. La espiritualidad que se deriva de una experiencia mística, aproxima a los seres humanos entre sí, en ningún caso es disgregadora.

Es posible que algún lector pueda preguntarse, ¿tiene sentido hablar de mística en los tiempos que corren? Y aún podemos avanzar más en la pregunta, ¿es pertinente hablar de mística en un contexto religioso como el protestante, en el que se supone que prima la razón sobre las emociones? La mística es el canal por el que se filtra una parte del conocimiento de la verdad divina en nuestro universo humano; es la ventana por la que se filtra el soplo del Espíritu; es, a la vez, el cauce que permite sacar al exterior la experiencia interna forjada a partir de un encuentro con la divinidad; es, en definitiva, vivir en profundidad el misterio cristiano.

Todo ello justifica que cada persona tenga que esforzarse en encontrar su propia «zarza ardiente», el lugar donde poder establecer una genuina comunión con Dios. A veces ese espacio se encuentra entre los afines religiosos, en la expresión litúrgica que nos resulta familiar, pero también hay otras muchas ocasiones en las que no es así. Pero sea como fuere, sin esa trascendencia espiritual la religión, sea cual fuere, se reduce a un mero instrumento de formalidad religiosa.

El recurso a la espiritualidad como medio de liberación ha sido una experiencia recurrente de la Iglesia cristiana. Cuando a finales del siglo III y en el siglo IV la Iglesia llegó a contaminarse en exceso del paganismo, que incorporaba las masas que se añadían a ella atraídas más por intereses políticos y sociales, y no como consecuencia de un proceso de **conversión** tal y como había sido la práctica común hasta entonces, muchos cristianos que buscaban profundizar en la vida espiritual se retiraron a los desiertos, huyendo de las ciudades y, posteriormente, edificaron monasterios donde refugiarse en lugares poco frecuentados por el común de los mortales. A esa misma práctica recurrieron los cistercienses y otras órdenes religiosas cuando siglos más tarde la práctica de la fe se hizo imposible dentro del recinto de los templos,

debido a la corrupción interna. Y ese fue el espíritu que animó a los pre-reformadores (Pedro de Bruys, Arnaldo de Brescia, Savonarola, Pedro Waldo precursor de los pobres de Lyon o valdenses, los lolardos, el propio Francisco de Asís y otros muchos), que no podían compaginar las demandas de una vida espiritual conforme a las pautas neotestamentarias y la oferta que encontraban en la Iglesia-institución, por lo que expresaron su disconformidad por medios diferentes, a veces, incluso, de forma violenta. El siglo XX ha propiciado la búsqueda de la espiritualidad utilizando formas distintas, pero por lo regular en medio de la cotidianidad y del compromiso social (p. ej. Dietrich Bonhoeffer, Martin Luther King, Edith Stein, los tres, por cierto, mártires a causa de tratar de vivir la fe hasta sus últimas consecuencias); sin olvidar a la recientemente canonizada por la Iglesia católica Teresa de Calcuta. Estos místicos del siglo XX no se retiraron a ningún tipo de desierto, pero supieron crear espacios de reflexión y trascendencia en medio de una Iglesia que no terminaba de dar respuestas a las demandas de lo más exigente. Dietrich Bonhoeffer y Edith Stein murieron a manos de los nazis; Martin Luther King a manos del odio y de la discriminación racial. Teresa de Calcuta, por su parte, muestra una fe espiritual a caballo de la duda, capaz de entregarse sin reservas a favor de los más pobres entre los pobres. Y en ese proceso estamos. ¿Cuál es entonces la vía para desarrollar esa mística que ofrezca respuestas a las demandas espirituales de nuestro tiempo? Cada uno tiene que descubrir su espacio y transitar su propio itinerario.

Concluimos, pues, que es de todo punto pertinente hablar de mística en un contexto social y religioso como el que vivimos en el siglo XXI, porque es el camino para reencontrarnos con aquellas sendas antiguas a las que hacía referencia Jeremías, como única vía para reproducir un genuino encuentro con Dios. Una experiencia que no requiere justificación de ningún tipo, que no pretende ninguna clase de eficacia, que pertenece al ámbito de la gratuidad y, consecuentemente, cada uno debe administrar conforme a su peculiar manera de ser.

4. DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Y es precisamente desde las reflexiones que preceden que entramos a considerar el papel del diálogo interreligioso

en el terreno de la espiritualidad, y lo hacemos mediante una contundente afirmación, que pretende ser la síntesis de lo que queremos compartir: *el diálogo interreligioso no es posible desde posiciones dogmáticas*. Cuando nos imbuimos del convencimiento de que la Providencia nos ha escogido precisamente a nosotros para implantar un paradigma religioso unitario, en el que no caben los diferentes, en el que no hay lugar para todos aquellos que no piensan y actúan exactamente igual que nosotros, resulta obvio que ya no hay espacio para el diálogo. En ese caso únicamente queda lugar para la imposición. El **exclusivismo** no admite revelación fuera de la propia Iglesia o religión que uno profesa. Esta actitud exclusivista atenta no sólo contra la coherencia misma de la reflexión, sino contra cualquier tipo de análisis antropológico o hermenéutica apoyada en criterios científicos serios. La implantación del pensamiento único es la antítesis del diálogo y de una relación interreligiosa fructífera.

Pero aun diríamos más. El diálogo **inter-religioso** no es creíble si no se produce sobre la base de un diálogo **intra-religioso**. El diálogo, la crítica, la curiosidad, tienen que empezar poniendo la atención en uno mismo, y hacerlo desde un plano de humildad, conscientes de nuestras propias limitaciones. No es suficiente con participar en encuentros, en conferencias o en mesas de diálogo que, con frecuencia, más bien se parecen a mesas de monólogos en las que los participantes exponen su tema sin escuchar ni tener en cuenta el punto de vista de los demás. Es necesario mirar hacia el interior de uno mismo, descubrir la viga en el propio ojo, aun sin dejar de ver la paja en el ajeno (cfr. Mateo 7, 3-5) y estar dispuestos a hacerlo desnudos de prejuicios, de corsés inmovilistas, permitiendo que el Espíritu siga soplando desde donde quiera y hacia donde quiera. Esta actitud es la única que puede permitir que se produzca una fecundación creativa entre las diferentes formas de espiritualidad.

Es evidente que **ninguna religión tiene la exclusividad de Dios**, un Dios que no ha puesto barreras a su gracia, puesto que, como afirma el autor de la epístola a los romanos, «no hay acepción de personas para Dios» (2, 11). La revelación de Dios es universal, y los diferentes colectivos, sean raciales o religiosos, perciben esa revelación **de manera parcial**. Si estamos en disposición de admitir algún axioma, ese debería ser uno de ellos. Por este motivo tenemos que esforzarnos en

buscar una armonía suficiente entre la **particularidad** de la revelación a través de una religión determinada a la que se une una mística concreta con la que nos podemos identificar espiritualmente y la **universalidad** de un Dios cuyo objetivo no es una raza, ni una cultura, ni se circunscribe a una reducida época de ese posible 1,8 millones de años de vida de la humanidad en el planeta, sino que se interesa por la totalidad de los hombres y mujeres, de todas las épocas, de todas las razas, de todas las culturas.

El diálogo demanda un principio de respeto y aceptación del otro, diferente sí, por supuesto, pero no necesariamente antagónico. Ahora bien, para que el diálogo sea posible y resulte efectivo hacen falta vías de **comunicación** que nos aproximen a la realidad plural que nos rodea. La relación dialógica es el camino para el conocimiento, y el conocimiento es condición *sine qua non* para establecer una comunicación fructífera entre los seres humanos. Ni los prejuicios, ni la soberbia, ni las actitudes pretenciosas permiten establecer espacios de comunicación y convivencia que sean capaces de facilitar la creación de un clima de armonía espiritual; no sólo no lo permiten, sino que destruyen cualquier puente de unión que pudiera facilitar el encuentro a fin de que el diálogo pueda actuar de catalizador entre posturas diferentes.

Este tipo de diálogo reconoce y respeta la **dignidad** del otro, aunque no comparta su credo, y reconoce la igualdad de derechos y obligaciones de todos los seres humanos en medio de la pluralidad existente y la diversidad. El diálogo no impone nada, comparte, lo cual no significa que sea necesario **abdicar** de las propias convicciones. Una postura semejante exige, eso sí, una actitud humilde, mediante la cual podemos llegar a tomar conciencia de que no somos poseedores de la verdad, de que la verdad no es patrimonio de nadie ya que, en el mejor de los casos, nosotros mismos somos, o al menos lo pretendemos poseídos por la Verdad.

Es únicamente a partir de una actitud semejante como podremos hacer del diálogo un instrumento de relación fraterna, un espacio de libertad, en el que personas de diferentes afiliaciones religiosas puedan hacer posible el milagro de la afinidad espiritual mediante el reconocimiento mutuo y el respeto recíproco, al margen de dogmatismos y actitudes intolerantes que se traducen necesariamente, tal y como ha

quedado constatado a través de los tiempos, en persecuciones, terrorismo y procesos inquisitoriales.

Uno de los elementos necesarios para que se produzca ese tipo de espiritualidad transconfesional es la **libertad**. Sin libertad el ser humano queda reducido a la condición de esclavo; y sin libertad no puede darse el diálogo. Por otra parte, una cuestión muy importante a la que hemos hecho referencia anteriormente, es que no existe diálogo entre desiguales. Una de las características destacadas de la fe cristiana es que hace libres a sus seguidores («conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres», Juan 8, 32), y es en base a esa libertad que podemos encontrar espacios de comunión espiritual con aquellos que, al igual que nosotros, pueden trascender de la mera práctica religiosa y situarse en un plano de genuina comunión espiritual con Dios, aunque sea desde plataformas diferentes.

Apoyándonos en sus propias palabras y, sobre todo, en la globalidad de su ministerio en la tierra, creemos que Jesús valora mucho más las relaciones fraternas, la convivencia espiritual, la comunión de los «santos», que «el echar fuera demonios» (cfr. Mateo 18, 39,40) como símbolo de todo lo que pueda significar la pura ortodoxia. El, Jesús, «fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1, 14), y esto se produjo con el propósito de poder restablecer la relación que había sido interrumpida a causa del pecado a fin de hacer comprensible un mensaje que tenía como destinatarios a todos los hombres y mujeres. Por lo tanto, en manera alguna se trata de un mensaje excluyente, antes bien es una convocatoria inclusiva que no hace distinción de personas.

CONCLUSIÓN

Un poeta y rey árabe sevillano de finales del siglo XII dejó escrito poco antes de morir: *«He sido rico y poderoso; he poseído todo lo deseable en el mundo; he amado intensamente y he sido correspondido: los hombres me han temido y respetado; he tenido a reyes postrados a mis pies... He disfrutado de la belleza de mis palacios y jardines, del placer de las artes. Se han colmado todas mis aspiraciones. Y, sin embargo, he sido feliz muy pocos días de mi vida y nunca durante todo el día y nunca completamente».*

Estados de ánimo como éste son los que hacen de los seres humanos espíritus en permanente peregrinación, en busca de la trascendencia, del fin último para el que han sido creados. Esta es la dosis de **insatisfacción** necesaria que diferencia al ser humano del resto de criaturas del reino animal. Esa llamada del espíritu que no se resigna a vivir encarcelado, sometido, aunque sea en lujosas jaulas, y que busca la respuesta en ese «más allá», ese espacio indefinido de la espiritualidad, que tanto nos cuesta percibir y definir.

Tenemos un reto ante nosotros y es no limitarnos tan sólo a mantener una paz creativa con el diferente, ni aún siquiera con nosotros mismos, que no es poca cosa, sino a habilitar espacios abiertos de fraternidad en los que podamos desarrollar los valores espirituales, trascendentes, con independencia de que exista o no afinidad religiosa con aquellos con quienes establecemos esos vínculos de espiritualidad. Y no se trata de propiciar un torpe sincretismo en aras del pluralismo religioso; antes bien, hay que alcanzar la madurez que nos haga capaces de mantener y defender la propia identidad, pero sin dejar de valorar y respetar al otro como ser diferente.

Lo que estamos planteando es la necesidad de ir en busca de un tipo de espiritualidad que rompa barreras religiosas con el propósito de poder cohabitar con nuestros semejantes al estilo como lo hizo Jesús de Nazaret que estuvo dispuesto a dialogar con fariseos, con escribas, con publicanos, o bien en el brocal de un pozo con la mujer samaritana, y todo ello sin que Jesús renunciara, ni nosotros tengamos que hacerlo, a las esencias religiosas propias, siempre que no se conviertan en murallas de separación, en armas arrojadizas o en guetos de aislamiento ideológico.

Ser diferente no es equiparable a ser superiores o inferiores. Es, en alguna medida, aceptar que estamos y somos incompletos; y lo deseable es reconocer esta situación, tomar conciencia de ello y buscar la complementariedad en quienes pueden aportar esa parte que a nosotros nos falta. Es un camino que hay que recorrer con humildad y con un espíritu de búsqueda, es decir, impregnados de una curiosidad creativa.

Dr. Máximo García Ruiz
Iglesia Bautista, Madrid

SUMARIO

La realidad socio-religiosa que vivimos en Occidente, y por tanto en España, nos muestra una pluralidad de religiones desconocida hasta hace poco en el seno de Europa. ¿Cómo afrontar esta pluralidad sin que sea fuente de conflictos por causa de la religión? El pastor y teólogo bautista Máximo García hace un análisis de nuestra sociedad y aventura propuestas que tienen que ver con el papel de la Iglesia y la búsqueda de una espiritualidad que permita en nuestra cultura convivir de forma constructiva a las diversas religiones.

PALABRAS CLAVE: Religiones, secularidad, búsqueda, espiritualidad.

SUMMARY

The socio-religious conditions we live in the West, and therefore in Spain, manifest a plurality of religions totally unknown in Europe until recently. How are we to face this plurality without making it a source of conflict due to the diverse religious beliefs? The Baptist Theologian and Pastor, Máximo García, makes an analysis of our society, and ventures some proposals for its betterment. The proposals focus first on the role the Church can play in these social circumstances, and then on a common search for a spirituality that may permeate our culture so as to permit all religions, within it, to live together constructively.

KEYWORDS: Religions, secularity search, spirituality.